

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

El fantasma quebequés

Desde que se conoció el resultado electoral —ese talismán que ha concedido al 4% de los votantes la potestad de modificar la estructura del Estado, si su jefe nacionalista permite que el partido más votado forme Gobierno— no existe criterio para formar a una opinión pública que, como la esponja, todo lo absorbe sin rechistar. No hay opinión pública, gobierno ni oposición. Y bien mirada la Prensa, es como si no la hubiera. Mientras la clase gobernante se entretiene con simulacros de negociación; con imágenes de consenso entre «estadistas»; con propuestas federales del caudillista **Fraga**; con proyecciones canadienses del gaullista **Pujol**; con protocolos y ficciones de consultas reales para la investidura presidencial de **Aznar**; es decir, mientras se paraliza la acción política, el parón del Estado reduce el déficit y la inercia de la sociedad baja el paro y la inflación. Estamos, por fin, en la situación italiana. Lo que se pretendía con la Constitución y la ley electoral. Que no haya mayoría de gobierno en un solo partido y que, en lugar de gobernar, dejemos a los partidos que se ocupen de repartirse el Estado a la medida de sus votos territoriales.

★

Cuando más necesario sería dar ideas y criterios de porvenir a la opinión pública, que está tan desorientada como dispuesta a no ser perturbada en su desorientación, menos ánimo manifiesta la clase dirigente para usar la razón contra la inaudita sospecha de todos ante todo, que ha llegado a transfigurar el momento en «delicado» y la «moderación» en consigna. ¿Delicado? Más lo era antes de las elecciones y, sin embargo, la racionalidad y la decencia pública exigieron una clara denuncia del crimen, de la corrupción y de las concesiones de **Felipe** a **Pujol**. ¿Moderación? Pero, ¿frente a qué? Desde el final de la Guerra Civil no se ha visto más extremismo en España, salvo el de **ETA** y de **Tejero**, que el de la Dictadura contra la sociedad y el de la clase gobernante de la transición contra el Estado, el derecho, el sentido común y la moral. Basta preguntar a los que hablan de momento delicado y de necesidad de moderación, para percatarse de que sus temores brotan del desconcierto ante una situación que no comprenden ni dominan, y del recelo de que todos los políticos sean capaces de hacer lo que ellos harían. Basta saber de dónde parten las consignas de sosiego y tranquilidad para diagnosticar que se está incubando un extremismo peor que el anterior.

★

El fantasma de Quebec toca en el «chateau» de la Generalitat las gaitas independentistas del bello río San Lorenzo. Delicadas y moderadas en oídos de **Pujol**, su estridencia empuja a danzar el ritmo frenético y violento de los movimientos de liberación. Desde la década de los sesenta, el fantasma de Quebec, despertado con el ruido anticolonialista y puesto de pie al grito gaullista de «Viva Quebec Libre!», se soltó de las cadenas del tradicional nacionalismo clerical y se puso la sábana roja y antifederal de los jóvenes patriotas radicales. Un reguero de terrorismo y de asesinato político marca la última senda de un pueblo francófono, fundador de Canadá, que busca ganar en referéndum lo que perdió en guerra con los ingleses. Pero Quebec no es Cataluña. Y Canadá, que es una Confederación, no es España. El responsable directo del atraso económico y cultural de Quebec ha sido, precisamente, el partido del nacionalismo conservador y católico que propició, durante la «noirceur» de su Gobierno, el dominio económico de las multinacionales anglosajonas. Era normal que el nacionalismo radical, como él mismo dice, no quisiera «por maestro al pasado», y buscara total independencia política y asociación económica con Canadá. El neopartido rojo ha estado a punto de vencer. Pero el momento de la sardana es delicado y su compás, moderado. Las cabriolas del fantasma quebequés de **Pujol**, desconsiderado y extremista, agitan en un mal sueño a Cataluña y en una pesadilla a España.

TRIBUNA LIBRE

Una victoria parcial

[PEDRO IBARRA]

LOS únicos que tienen razones para sentirse contentos con el final del secuestro de Aldaya son el propio Aldaya, su entorno afectivo (familia, amigos, compañeros de trabajo) y el MLNV. El primero, porque está en libertad; los segundos, porque le quieren y pueden estar junto a él; y los últimos, porque **ETA**, su dirección armada, ha conseguido dinero para seguir ejerciendo la violencia con la cual, al parecer, todos seremos más vascos y, por tanto, más felices.

El resto de la sociedad vasca, al margen de que prefiera el que Aldaya esté en su casa y no encerrado en un agujero, no tiene especiales motivos para estar alegre con este asunto. **ETA** ha soltado a Aldaya no porque mediante nuestra presión social y política haya reconsiderado su decisión, sino porque ha obtenido su único objetivo: que Aldaya pague.

Por eso no resulta del todo adecuado utilizar la expresión «liberación» para definir el desenlace de esta desgraciada historia. Tal palabra describe no sólo un beneficio para el receptor de la libertad, sino que también evoca un cierto acto de benevolencia, de voluntad gratuita, ajena al cálculo, en el otorgamiento de la misma. Evidentemente, no es éste el caso.

ETA ha vencido en el campo de confrontación de los hechos, en el terreno militar. Pero la cuestión resulta más dudosa si observamos el conflicto desde otra dimensión. Por un lado, las movilizaciones y contramovilizaciones de los 341 días demuestran que el MLNV ha tenido que utilizar una táctica defensiva.

El secuestro de Aldaya no ha simbolizado nada. Ni antes. Ni ahora. Sólo ha supuesto dinero

Durante el secuestro de Julio Iglesias, los nacionalistas radicales despreciaron las movilizaciones que exigían su liberación (ahora sí hay que utilizar la palabra) por llegar a creerse en serio que estas movilizaciones eran marginales y teledirigidas por el Pacto de Ajuria Enea. Ahora, sin embargo, se han visto obligados a contrarrestarlas, porque al margen de que hayan seguido utilizando el mismo mensaje des-

calificador, se han dado cuenta de que el rechazo social tenía ya profundas y extensas raíces. Ya no han podido seguir autoengañándose. Han tenido que salir a la calle. Pero con la iniciativa perdida. A la defensiva.

Desde una perspectiva cuantitativa, las manifestaciones en favor de Aldaya no han sido mucho más cuantiosas que las de Iglesias. Pero también es evidente que las mismas han reflejado un sentir casi unánime de la población vasca, representación que quizás todavía no estaba del todo clara en el anterior secuestro.

Se supone que **ETA** y sus frentes civiles deberían tomar nota de esta evolución. En parte lo han hecho y como acabamos de decir han necesitado forzar su propaganda y acción para justificar el secuestro. Pero en gran parte han desdeñado el rechazo social a su violencia. Porque ya desde antes del secuestro, el MLNV ha reajustado su práctica y discurso para blindarse de cualquier intento de convencimiento exterior; para aislarse más. Más todavía.

Las manifestaciones del dirigente de **HB** José María Olarra, con motivo del Aberri Eguna han sido reveladoras. Más o menos decía lo siguiente: «Organicemos nosotros nuestra vida diaria, como si los otros no existiesen». Esta teoría de la *gettización* voluntaria, aunque irreal, podría ser legítima siempre que

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

El trabajador feliz y el hostelero educado

Seguramente fue la **SER** la primera cadena radiofónica que dio la noticia de que **José María Aldaya** había sido liberado. Hacia las 2 de la madrugada interrumpieron el programa *El cine en la SER* para adelantar la información y, desde ese momento, fueron aportando nuevos datos a lo largo de toda la noche cada media hora. Porque las radios convirtieron la noche del sábado en «la noche de la liberación de Aldaya»: programas especiales en la **COPE** y **Radio Nacional**, detallados informes en el País Vasco a través de **Radio Euskadi** y recurso al procedimiento de llamadas de la audiencia en **Onda Cero** para que un tal **Cristo** arrojara a unos oyentes y discutiera con otros en una especie de ídem.

Mientras, los periódicos cambiaban sus primeras ediciones para dar cuenta de la liberación ador-

nando la noticia con elementales comentarios que, en algunos casos, tenían todo el aire de enlatados previamente. No todos, porque ni *Egin* ni *Deia* en el País Vasco, ni *Avui* en Cataluña, cambiaron las portadas dominicales en las que la «rabiosa actualidad» aludía a los bombardeos de Israel en Líbano, las negociaciones para formar gobierno y la equiparación de los Mossos a la Ertzaintza.

De la primera edición de **ABC** desapareció el Papa (por cuya vida se temía en Túnez) y apareció en la segunda Aldaya destacando los 341 días de «brutal tortura». De la

de *El País* cayó una fotografía patética de una niña muerta en los bombardeos del sur del Líbano para dejar lugar al empresario guipuzcoano liberado de madrugada tras «el secuestro más largo de la historia de **ETA**». Era la misma fotografía que ilustraba, en color, la primera plana de *Diano 16* hasta que un grueso «Por fin liberado» la llenó casi por completo. Las negociaciones para el futuro Gobierno dejaron paso, en la de *La Vanguardia* a la noticia de la liberación.

Para este periódico catalán, «**ETA** pretendió hacer una demostración

de fuerza» para contrarrestar «la respuesta masiva popular con concentraciones silenciosas» y para «demostrar al futuro Gobierno del PP que es capaz de mantener un cautiverio durante mucho tiempo». Una crónica de **Jesús Duya** publicada en *El País* destacaba que «parte del dinero, **ETA** ha obtenido gran rentabilidad propagandística» y añadía que algunos «expertos anti-**ETA**» barajan la posibilidad de que el «agujero» para retener a Aldaya y **Ortega** se encuentre en la comarca de **Hernani** (Guipuzcoa). En Barcelona, *El Periódico* se hace eco de las versiones que indicaban que la familia de Aldaya «habría pagado en febrero pasado una cifra cercana a los 125 millones de pesetas para el rescate del industrial». El retraso en la liberación respondería, según las mismas fuentes, a medidas de